

Ciclo insular

Daniel Prior Gijón

Allí estaba. No le merecía la pena preguntarse por qué, ni cómo había llegado allí.

Volvió a mirar a su alrededor: todo era desierto, sólo arena bajo un Sol abrasador. Lo único que tenía de su parte era un pequeño charco que, por su pasado, sabía que con suerte bastaría para mantenerle con vida.

El Sol se posó en su punto más alto en el cielo, y para entonces no le quedaba ni la ropa. Sólo arena, Sol y agua. Ese mismo Sol que bien podría matarle y esa misma agua que bien como un regalo divino o como una broma cruel le adhería a la vida mientras duraba su estancia.

Llegó la noche y ya tenía el cuerpo quemado; ahora tocaba aguantar el frío. No tenía nada con lo que cubrirse, estaba totalmente desprotegido y más bien asustado. Aun así se dijo que no rezaría para salir de allí. No esa vez, otras no le había servido de nada... Aunque también era cierto que sí que había conseguido salir de allí antes.

Ahora se encontraba arrodillado ante la Naturaleza. Aún tenía que pasar más tiempo. Días, en los que esa aridez le maltrataba por dentro y por fuera, aunque su charco de agua dulce le unía fuertemente a la vida. Tal vez el verse sin otra cosa que él le hizo valorarlo pese a todo.

Pronto, los días se mezclaron con las noches, y el cielo se volvió violáceo. Llovió. Y de la arena antes inerte ahora brotaba vegetación.

Volvió a sentir ese alivio, y un rayo de Sol atravesó la nubosidad y la lluvia, para golpear un arbusto, que convirtió en cenizas y arena, para impedir que Tote se volviese arrogante.